

ACTIVIDADES ACADÉMICAS

El homenaje de la Universidad Complutense a D. Manuel de Terán

El 21 de abril de 1982 tuvo lugar el Homenaje que la Universidad Complutense de Madrid rindió a D. Manuel de Terán Álvarez, maestro de tantas promociones de geógrafos a lo largo de más de treinta años de docencia en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de esa Universidad. Sin duda que, en gran medida, estos Anales de Geografía son deudores de sus enseñanzas. El acto de homenaje tuvo su esencia en la imposición por el Excmo. Señor Magnífico de la Universidad Complutense de la Medalla de Oro de la misma Universidad y en la presentación del libro que, publicado por la Editora Complutense y preparado por el Profesor Dr. Joaquín Bosque Maurel, recoge una selección de la obra científica del Maestro Terán: «Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España». El Homenaje estuvo organizado por el Departamento de Geografía Humana en donde enseñó tantos años D. Manuel de Terán, se celebró en la Facultad de Geografía e Historia, que lo patrocinó, y gozó de los auspicios de la Universidad Complutense y de su Junta de Gobierno.

El acto se desarrolló en la Sala de grados de la Facultad de Geografía e Historia y asistió numeroso público, amigos, colegas y discípulos de D. Manuel que abarrotaron la sala. La Presidencia estuvo ocupada por el Excmo. Señor Rector Magnífico Dr. D. Francisco Bustelo García del Real, los Vicerrectores Sres. Alzina Franch y Bonet Correa, el Ilmo. Sr. Decano de la Facultad D. José María de Azcárate, el Secretario General de la Universidad, el Presidente de la Sección de Geografía y Director del Departamento de Geografía Humana Dr. Bosque Maurel, y los profesores Solé Sabaris, de la Universidad de Barcelona, López Gómez, de la Universidad Autónoma de Madrid, Quirós Linares, de la Universidad de Oviedo

y Profesora García Ballesteros, de la Universidad Complutense. Entre los asistentes se encontraban los Presidentes de la Asociación de Geógrafos Españoles, D. Angel Cabo, y de la Real Sociedad Geográfica, D. José Torroja, los Directores de los Institutos de Geografía Aplicada, Dr. Casas Torres, y J. S. Elcano, Dra. López Gómez, así como un numeroso grupo de colegas pertenecientes a otras Universidades nacionales, profesores García Fernández (Valladolid), Martínez de Pisón (La Laguna), Villegas (Granada), Torres (Santiago de Compostela), Gómez Mendoza y Valenzuela (Madrid), Gozalbes (Valencia), Frutos (Zaragoza) y Oya (Madrid). Asistieron, asimismo, la totalidad de los profesores de Geografía que componen los Departamentos de la Sección de Geografía de la Universidad Complutense, colegas y en muchos casos antiguos alumnos del homenajeado.

Abierto el acto por el Excmo. Sr. Rector, intervino en primer lugar el Decano de la Facultad de Geografía e Historia, para mostrar su satisfacción por el homenaje, dar la bienvenida a los asistentes y expresar a D. Manuel de Terán su admiración y su amistad, y la del Claustro de Profesores de la Facultad a la que durante tantos años y con tanto fruto había pertenecido, tanto como su deseo de que siguiera, como hasta ese momento, colaborando en la fecunda tarea realizada, ahora como antaño, por el Centro al que por derecho propio seguía perteneciendo.

Intervino seguidamente el profesor Bosque Maurel, Presidente de la Sección de Geografía y Director del Departamento de Geografía Humana, a cuya propuesta se debía, primero, la Concesión de la Medalla de Oro de la Universidad Complutense a D. Manuel de Terán, y, después, la celebración del homenaje. En breves palabras se refirió tanto a la trascendencia del acto como a su justificación. En cuanto a su trascendencia simplemente había que conocer la personalidad del homenajeado, hombre esencialmente bueno y honrado, sensible y modesto, tanto que la realidad del homenaje se había ido retrasando año tras año por la resistencia que una y otra vez había ejercido a su celebración y con tanto éxito que ya eran casi ocho los años transcurridos desde su jubilación, momento en que debía haber sido efectivo. La justificación se encontraba, ante todo, en la extraordinaria personalidad humana del profesor Terán, pero además en su comprobada calidad de maestro de tantas promociones de geógrafos, historiadores, politólogos y, en general, profesionales e intelectuales que, en tantos decenios, habían gozado de su quehacer docente, y en su indudable influencia científica tanto en España como en el extranjero. Tres hechos avalaban dichas afirmaciones; en primer lugar, la masiva asistencia al acto; la muestra de obras científicas realizadas a lo largo de toda su vida por D. Manuel, cuya exposición se inauguraba coincidiendo

con el acto y que había sido el fundamento del libro publicado por la Editorial Complutense con una selección de esos trabajos, después, y, finalmente, la considerable serie de adhesiones recibidas de toda España y del extranjero y que seguían llegando. En definitiva, el homenaje era una realidad debida y que, por fin, había llegado a su cumplimiento.

En el desarrollo del acto habían deseado intervenir tan gran número de amigos, compañeros y discípulos del homenajeado, que ante una duración excesiva que, ante todo, hubiera desfavorecido en su salud al mismo profesor Terán, no hubo otro remedio que llegar a una selección, difícil y penosa como todas ellas, y que nada significaba en demérito de los que no pudieron intervenir. Por ello, se pretendió que cuantos hiciesen uso de la palabra, aparte de las autoridades académicas, fuesen una muestra de todos ellos. Así, se pensó que en tal representación interviniesen, primero, dos compañeros y amigos que, desde el inicio de su vida académica, colaboraron en muchas ocasiones con D. Manuel de Terán, los profesores Solé Sabarís, de la Universidad de Barcelona, y Orlando Ribeiro, de la de Lisboa. Asimismo, se planeó la intervención de cada una de las tres grandes generaciones de profesionales geógrafos que, desde 1940, habían disfrutado de sus enseñanzas, personificándolas en los profesores López Gómez y Quirós Linares y en la profesora García Ballesteros. Este propósito se cumplió casi en su totalidad, salvo por la ausencia del Dr. Ribeiro, que por motivos de salud no pudo desplazarse desde Lisboa, aunque envió una sentida carta, a la que se dio lectura en ese momento.

Tras la justificación del homenaje realizado en nombre del Departamento de Geografía Humana, el profesor Bustelo García del Real fue concediendo la palabra sucesivamente, y en el orden ya señalado, a los amigos y colegas indicados que lo fueron haciendo con el entusiasmo y el fervor con que el colectivo de los geógrafos españoles, con los que se identificaban, habían acogido el homenaje.

Intervino, en primer lugar el profesor D. Luis Solé Sabarís, de la Universidad de Barcelona:

«No sé por qué razones del destino, nuestras vidas desde jóvenes corrieron bastante paralelas aún antes de conocernos y relacionarnos; ambos, primero como catedrático de Instituto; luego, nuestra vinculación al Instituto Escuela, al de Madrid el profesor Terán, yo, al de Barcelona. Vinculación que nos aproxima, primero por razón de la especialidad geográfica y, sobre todo, por razones afectivas, pues esta vinculación nos ha abrazado toda la vida. Luego, al forzarnos a abandonar el Instituto Escuela, ambos buscamos refugio en la Universidad, aunque en facultades distintas, pero nuestros comunes afanes geográficos volvieron a acercarnos cada vez más. Luego vino nuestra integración al Consejo Superior de In-

vestigaciones Científicas y a sus empresas científicas; recuerdo los cursos y excursiones en Jaca, la revista del Elcano, que Terán supo transformar en una publicación de calidad europea. Así, poco a poco, aquel paralelismo del tiempo lejano, iba transformándose en una convergencia. Vinieron más tarde los planes editoriales conjuntos, como la Geografía de España de la desaparecida casa Montaner y Simón y, posteriormente, los manuales de ediciones Ariel. Con ello, la simple colaboración científica había dado paso a una amistad íntima, fundamentada en una identificación espiritual, depurada en el crisol de amarguras similares de la vida, pues la amistad hace las adversidades más llevaderas, ya que no es más que un común sentir de las cosas divinas y humanas con bienquerencia y afecto.

Ante esa afinidad de sentimientos, permitidme que prescinda hoy de nuestras relaciones geográficas y de lo que representa el profesor Terán para la geografía española que sin él sería imposible de comprender. Pero sus discípulos directos pueden hacerlo más documentalmente y mejor; yo solamente os hablaré de lo que me sugiere su personalidad humana y los años de trato personal y directo.

Primeramente, en nombre de mis compañeros catalanes, cuya representación únicamente me permite adjudicarme los años, quiero hacer constar, pues creo interpretar su pensamiento y sus deseos, nuestro agradecimiento por la comprensión y la generosa acogida que siempre hemos encontrado en el profesor Terán, en nuestros estudios, tesis doctorales y en las pruebas de fuego que son las oposiciones, generosidad y comprensión siempre ajustada a la más equitativa justicia, por encima de cualquier tendencia, grupo o escuela, pues es ley de la amistad, al decir de un clásico, ni rogar cosas torpes ni hacerlas rogadas, sin obtener del amigo cosa alguna que fuera contra la felicidad, contra juramento o contra la república.

En cada uno de mis recientes viajes a Madrid durante años, procuraba siempre, a veces a pesar de la fugacidad del viaje, pasar unas horas al lado del profesor Terán con el pretexto de cuestiones administrativas del Instituto Elcano o de problemas editoriales, etc.; tengo que confesarle que más bien que pretexto era un placer. Aquellas charlas eran un alivio, en medio de las tribulaciones del viaje y de las pequeñas cuestiones burocráticas, que me compensaban con creces del tiempo robado a las horas de trabajo en Barcelona. Charlas casi siempre sin ningún plan preestablecido, pero en las que sistemáticamente surgían, al lado de cuestiones geográficas, problemas universitarios y aspectos culturales o humanos y aún políticos, que no me atrevo a tildar de filosóficos, pero que eran cuestiones que a los dos nos inquietaban. Esas conversaciones formuladas en la calle, en el Colegio, en su casa o en la mesa de café a la salida del Elcano,

iban dejando en mí una huella profunda y me obligaban después a largas reflexiones.

En el aspecto estrictamente geográfico, constituían una lección magistral, completamente informal y sin ampulósidades ni pretensiones. Cuántas veces alguna de éstas charlas se transparentaba en alguno de mis artículos, de los publicados y de los inéditos. En otros aspectos, eran una proyección de su vasta cultura y de sus depurados conceptos éticos.

Son muchos los problemas y las circunstancias difíciles que nos ha tocado vivir durante estos últimos años, y que al enjuiciarlos, sus acontecimientos, eran una piedra de toque que me permitía hurgar en lo más profundo de nuestra manera de pensar y de sentir.

Mi aprecio y admiración iban creciendo con ese íntimo diálogo. El profesor Terán era para mí un maestro y cada una de esas conversaciones una lección improvisada. El profesor Terán era como un hermano mayor, quien indirectamente, sin proponérselo ni el uno ni el otro, me trazaba una norma de conducta en el comportamiento de los problemas de la vida cotidiana. Maestro y consejero, es lo que ha sido para mí el profesor Terán. Maestro sin clases ni enseñanzas; consejero, sin más consejos que su propia norma de conducta para servir de ejemplo.

De aquí que, con frecuencia y cariño, acudiese tantas veces a su magisterio. ¿Cuántas horas de su vida le habré hecho perder en esas charlas informales que me han deparado su amistad y espero que su afecto!

Quisiera concentrar en unas pocas palabras los rasgos de su personalidad y de sus valores humanos.

Primero, la sinceridad con que expone su manera de pensar y, si hace falta, sus convicciones, llanamente, sin afectación, algo distinto de la franqueza que se suele confundir, y de la cual algunos hacen gala, identificándola con la rudeza. Esa sinceridad con que expone sus ideas y apreciaciones sobre las cosas y las personas o sobre los hechos, pero siempre con delicadeza respecto a las personas y discreción sobre los hechos tratados.

La segunda virtud que aprecio en Terán es la sinceridad y la fuerza del razonamiento lógico en que apoya sus ideas, con claridad cartesiana, sin apasionamiento. Otra de las virtudes de su dialogar. Esta claridad de sus razonamientos y la rectitud de su juicio como reflejo de su ética insobornable, que constituye el eje de su norma de conducta.

He hablado de su sinceridad, de su serenidad y de su rectitud de juicio, cualidades que en Terán no están reñidas, sino todo lo contrario, con la firmeza y con la valentía en la defensa de sus convicciones, insobornables, sin doblegarlas por nada, pero sometidas siempre a la controversia y al diálogo; lo contrario sería la testarudez. Valentía en sus convicciones

que le han llevado a tensiones íntimas y a momentos penosos en los años difíciles, pero cuya valerosa actitud ha logrado la admiración unánime de sus amigos y el respeto de contraopinantes y adversarios.

Estimado amigo Terán: te deseo que durante muchos años puedas seguir malgastando el tiempo, como lo has hecho conmigo, con tus enseñanzas, para bien de los que te rodean y para satisfacción tuya. Que Dios te lo premie.»

Seguidamente, hizo uso de la palabra D. Antonio López Gómez, catedrático de la madrileña Universidad Autónoma:

«Agradezco profundamente el honor que se me concede al intervenir en este acto en representación de los que pueden llamarse la primera generación de discípulos universitarios de D. Manuel de Terán. Efectivamente, Angel Cabo, de la universidad de Salamanca, y yo, pertenecemos al primer curso que impartió y, poco después Jesús García Fernández, de la Universidad de Valladolid; luego vendría otra generación, ya más numerosa, la de Julia Gómez, Francisco Quirós, Bartolomé Barceló, Eduardo Martínez de Pisón, etc. y después, más copiosas aún, las otras, que ocuparían varias líneas en estas cuartillas. Fuimos después becarios en el Instituto de Geografía "Juan Sebastián Elcano" del CSIC, del cual era entonces secretario D. Manuel, a la vez que ayudantes —entonces gratuitos— y luego adjuntos, iniciando así la larga andadura en la docencia y en la investigación.

En estos días he vuelto a releer los apuntes de sus clases, que aún conservo, y rememorado la sensación de descubrimiento de las tierras españolas que nos producían. Después, han sido muchos años de convivencia diaria. Mucho tiempo de recibir sus enseñanzas de múltiples formas: exposición de sus ideas geográficas, discusiones en grupo o personales de trabajos realizados por él o por nosotros, opiniones sobre libros o artículos leídos por unos y otros, siempre con sus comentarios precisos y esclarecedores, sugerentes de nuevas reflexiones. Y no sólo de temas geográficos, ya que un rasgo destacado es su vasto saber humanístico y en el ámbito de las ciencias naturales. Así mismo comentarios sobre aspectos políticos o sociales, ya que D. Manuel tiene una sensibilidad muy aguda para el acontecer de nuestro tiempo.

En aquellos años, todavía sin vertebrar los grupos de trabajo que luego serían los departamentos universitarios, faltas las cátedras de medios e incluso de locales, supo ligar estrechamente su tarea universitaria y el CSIC, iniciando una labor extraordinaria en la formación de postgraduados e investigadores. Por coincidir en ambos sitios, la Universidad y el Consejo, quiero traer aquí la memoria —muy grata para D. Manuel— de los también catedráticos de Geografía de esta Universidad y directivos del

Instituto Elcano, D. Eloy Bullón y D. Amando Melón, a los cuales tan ligado estaba. Fue alumno del primero y luego colaborador indispensable en la Universidad y el Consejo. Con D. Amando, en ambos sitios, formó pareja inseparable. Opinaban de manera dispar en múltiples cuestiones, pero coincidían en el absoluto talante liberal, en el sentido más real y humano de esta palabra; yo creo que esa fue la base firme de su entrañable afecto mutuo, así como la valoración exacta —yo diría que también admiración— que tenía cada uno por la personalidad científica y humana del otro. Era una verdadera delicia asistir a las afectuosas discusiones y ágiles charlas que mantenían en un pequeño café al que les acompañábamos muchas veces a la salida.

Ese talante liberal —mucho más estimable entonces y no fácil de mantener en otros aspectos— se traducía también en algo muy valioso para nosotros: respeto a la personalidad de los discípulos, sin tratar nunca de dirigirla, salvo en el afán por la obra seria, continua y callada.

Podría hablar mucho más como es obvio, pero sólo quiero añadir algunos otros recuerdos de aquellos años. Destacaría las excursiones, con los alumnos de la universidad o con los becarios ya que frente al paisaje es, quizás, donde se despliega mejor todo el saber de D. Manuel. Ese saber total que cala hondo y lleva a la comprensión total del espacio, en toda su rica gama de relaciones y de formas. Y también las anécdotas, que revelan otras facetas de su personalidad, especialmente la austeridad y resistencia ante las incomodidades —no exenta de humorismo en ocasiones— y una curiosa mezcla de prudencia y audacia. Una de las anécdotas que más recuerda siempre, entre asustado y divertido, es aquella travesía del río que hicimos en Aranjuez, por el filo escurridizo de una presa de derivación, por encima de la cual pasamos una lámina de agua y sus comentarios sobre la necesaria posición del geógrafo en equilibrio en todos los casos. O aquellas caminatas, siempre él delante, como magnífico andarín, por Gredos y Peñalara para observar las formas glaciares cuaternarias, con la tormenta nocturna que provocó una mini-inundación en la tienda de campaña y su jocosos comentario sobre cómo debíamos haber estudiado antes la escorrentía en aquella ladera. O aquella marcha de largas horas, extraviados con medio centenar de alumnos, en Peñalara, bajo la espesa niebla y la lluvia, con la obsesión de que nadie separase del grupo. O su insistencia ante un geógrafo alemán para que tuviese precaución con el vino embocado en Cebreros... y su preocupación después ante los resultados. Pero, aparte de los sucesos más o menos pintorescos queda siempre el recuerdo de sus explicaciones; podría citar, como ejemplo, la clásica excursión a Toledo, en tren y luego andando —eran años de difícil utilización de autobuses— para recorrer el meandro encajado del Tajo y allí,

desde la ermita de la Virgen del Valle, la magistral exposición del desarrollo del torno del río y de la ciudad, una de las que más le han atraído siempre. Excursión de todos los años y en las que cada vez se descubría un matiz inédito, una renovada comprensión de ese paisaje único.

Ya que me refiero a excursiones, permítanme recordar otra inolvidable de aquellos tiempos con D. Manuel y también con D. Luis Solé Sabarís, figura señera de la Geografía hispana, por el corazón de los Picos de Europa, entonces sin carretera ni teleféricos. Perdónenme estas digresiones, pero es que el contacto con el paisaje es la base del quehacer geográfico y la forja de una vocación; por ello, los comienzos de nuestra vida científica junto a D. Manuel están asociados de forma inseparable a esas excursiones.

Tendría que referirme también a sus clases, tan precisas y claras como plenas de riguroso contenido y, a la vez, atractiva exposición; en la mente de todos están y en todos han dejado imborrable huella, no sólo en los que nos hemos dedicado a la Geografía, sino también en los que han seguido otros rumbos. Yo me atrevería a decir que gran parte de su sabiduría pedagógica es fruto de sus también largos años de catedrático de Instituto.

Recordaría igualmente, como rasgo humano, su honda alegría, aunque de pocas palabras, cuando leímos las primeras tesis y obtuvimos las primeras plazas de adjuntos y catedráticos, iniciando en los años cincuenta y tantos lo que luego ha sido larga serie llamada por la comunidad científica con toda justicia «la escuela de Terán».

No tengo tiempo de referirme a sus numerosos estudios. Como profesor, universitario ejemplar ya que siempre ha unido docencia e investigación de calidad suma. Ahí están expuestos trabajos de investigación, pioneros en España en diversos campos de la Geografía, una y otra vez citados como modelos, que han extendido su magisterio a otros muchos geógrafos además de los alumnos directos en las aulas. Podría pensarse que me dejo llevar por el apasionamiento, y es, en verdad, difícil sustraerme a la emoción de este acto y de aquellos recuerdos, pero creo que soy objetivo, y en aquellos años que evoco ya mostraba D. Manuel toda la plenitud científica que, al correr del tiempo, le han convertido en lo que es hoy, un maestro indiscutible de la Geografía española.»

Después tuvo lugar la intervención de D. Francisco Quirós Linares, de la Universidad de Oviedo:

«Han pasado 30 años desde que, en 1952, escuché las primeras lecciones de D. Manuel de Terán en el aula de Geografía General de la Facultad de Letras. Con ellas se iniciaba una relación personal que ha cubierto hasta ahora las 3/4 partes de mi vida y que, no sólo por su duración, sino por las condiciones personales de D. Manuel y por las circuns-

tancias históricas de España en esos años, ha tenido para mí, como para muchos de sus discípulos y alumnos, una trascendencia que va mucho más allá de lo meramente científico o profesional, porque Terán, creo que sin proponérselo de un modo explícito, nos ha enseñado Geografía, pero a la vez ha difundido humanismo y ciudadanía. Y es a ésto a lo que quiero referirme ahora, porque su aportación a la Geografía española puede en fin de cuentas valorarse, al menos en parte, a través de su obra escrita.

Para empezar, quienes pasamos por las aulas de la Sección de Historia en la década de 1950 tuvimos en Terán a uno de los pocos profesores que dejó huella en nosotros; algunos más, muy contados, la dejaron también, por el rigor de su trabajo o por su brillantez expositiva. Pero la huella de Terán, sin excluir esas cualidades, tenía otros fundamentos; partía de la amplitud de su campo de conocimiento y de su capacidad de sugestión, no sólo geográfica, sino extrageográfica también, y manifestada más aún que en el aula en el campo, cuando al hilo del camino nos planteaba *problemas no sólo sobre las formas de relieve o los paisajes agrarios, sino sobre la filiación precisa de los monumentos arquitectónicos, de unos hierros forjados, de los detalles de la arquitectura popular, o sobre los trabajos en hueso de un pastor trashumante; todo ello con muy pocas palabras, igualmente pocas si nos transmitía una referencia literaria o histórica.*

Detrás de ese saber de Terán me parece ver a mí toda una tradición, acaso personal, pero también colectiva; la de nuestros naturalistas finiseculares que no hacían antitéticos los términos ciencia y humanismo y que se caracterizaron, como otros científicos de su generación, por un perfecto dominio del idioma. El habernos transmitido en vivo esa herencia es, para mí, nuestra primera deuda intelectual con D. Manuel.

Pero dentro de esa tradición científica, y aunque nosotros no lo supiésemos entonces, Terán representaba, y nos transmitía, algo muy concreto: el espíritu que alienta desde Francisco Giner hasta el Instituto Escuela. Un espíritu que no conocimos explicitado a través de las palabras de D. Manuel, pero sí a través de su modo de ser y de vivir y que, al cabo de los años creo ver también en las personas de su entorno amistoso o afectivo: *D. Luis Solé o D. José Tudela de la Orden, por ejemplo. La flexibilidad, la tolerancia presentes en su trato y que no han sido en él rasgos de carácter tan sólo, sino norma de conducta, quedaban bien distantes de la intransigencia, la intolerancia, el dogmatismo y la acritud de las que había entonces tantas muestras en nuestra vida pública, y de las que aún quedan no pocos resabios en nuestra vida universitaria.*

Pero la flexibilidad o la tolerancia no han sido nunca en Terán adaptación cómoda a las circunstancias, sino convicción profunda plasmada en

el comportamiento diario respecto a sus alumnos y, aún más, respecto a sus discípulos, de los que nunca ha tenido interés en conocer «a priori» sus ideas políticas o religiosas y a los que, conocidas, nunca ha discriminado por diferir de las suyas.

Sin embargo, Terán no ha sido tolerante con todo. Por ejemplo, no lo ha sido con la desvergüenza, personal o institucional, ni con el cerrilismo, ni con la arbitrariedad o la prepotencia ejercidas desde el poder, grande o pequeño. En un período de nuestra Historia reciente ésto significó una toma de postura pública, una conducta cívica, siempre incómoda, cuando no costosa, pero con valor de ejemplo. La firma de D. Manuel al pie de algunos escrito (recuerdo, por ejemplo, el referido a las vejaciones sufridas por las mujeres de mineros asturianos durante la huelga de 1962), su actitud en el claustro de la Facultad de Filosofía y Letras con motivo de la represión universitaria de 1965, sus razonamientos acerca de los hechos o actitudes que apoyaba o rechazaba, contribuyeron, en aquellos años, a que muchos comprendiéramos mejor el significado real de la España en que vivíamos y a enlazar con aquella otra que entonces sólo se nombraba en público para denostarla. Todo eso también forma parte de lo que D. Manuel ha dado a quienes hemos convivido con él.

En fin de cuentas, D. Manuel nos ha dado no sólo un modelo de quehacer científico, sino también, y en plano no menor, un modelo ético. Con Manuel de Terán no se usa, pues, en balde el título de maestro, y yo he de decir que siento como un privilegio el haberle tenido, y tenerle, por tal.»

Finalmente, cerró este apartado del homenaje la profesora de la Universidad Complutense, D.^a Aurora García Ballesteros:

«Voy a hablar en nombre de las generaciones jóvenes, de esas generaciones ya muy numerosas de las que hablaba el profesor López Gómez. Y en nombre de ellas quiero, en primer lugar, protestar porque se pretende que en tan poco tiempo se hable de lo mucho que ha significado el profesor Terán en nuestra formación, pero también quiero agradecer el disponer de tan poco tiempo porque así no se podrá ofender la natural modestia de D. Manuel. En nombre de esas generaciones quiero también manifestar mi alegría y gratitud por este acto.

Somos las generaciones que hemos conocido al profesor Terán en plena madurez científica, ilusionado por su trabajo y capaz de contagiar esa ilusión y entusiasmo a sus discípulos, a los que ha hecho interesarse por la Geografía, partiendo incluso a veces de posiciones de rechazo a la misma y ello gracias a su amplia visión humanística, a su calidad científica y humana, a su talante liberal.

Un profesor en plena madurez científica que sometía a constante ac-

tualización sus conocimientos. Su respeto por el alumno que le llevaba siempre, incluso en difíciles circunstancias personales, a preparar las clases introduciendo las últimas novedades científicas, haciendo interesar a sus alumnos por ellas aunque las mismas estuviesen muy alejadas de su forma de hacer Geografía. Así, yo he visto al profesor Terán estudiar matemáticas, para poder entender las tendencias cuantitativas. Yo he visto a D. Manuel leer a Fremont o llegar al Instituto Elcano y preguntar, examinar las últimas novedades bibliográficas, actitud que continúa manteniendo en el momento actual.

Un profesor que enseña con ilusión y que ha sido y es capaz de contagiar esa ilusión. Sus enseñanzas eran de las pocas que se completaban con clases prácticas y seminarios, sin olvidar sus magníficas lecciones ocasionales en torno a algún tema de actualidad, o sus excursiones, en muchas de las cuales nos descubría lugares inéditos; así, yo he visitado con el profesor Terán la Iglesia de Melque, o el risco de las cuevas en Perales de Tajuña.

Esta ilusión es, en gran parte, fruto de su idea tantas veces repetida de que el último alumno tiene derecho a recibir las clases dadas con la misma ilusión que el primero. Prueba de hasta qué punto D. Manuel ha practicado esta enseñanza es que las últimas generaciones reconocemos en él los mismos valores que las primeras, como se ha puesto de manifiesto en estas intervenciones.

D. Manuel no ha buscado nunca a los alumnos, no ha intentado por así decirlo atraerlos, pero jamás desatiende al que se dirige a él. Incluso ahora la mejor tarjeta de presentación para que te reciba en el Consejo o en su casa es invocar que se ha tenido clase con él. Sólo exigía y exige ganas de trabajar y capacidad para "obsesionarse" con el tema de estudio, que por respeto al discípulo, fruto de su talante liberal, nunca impone. Discute tus propuestas de temas, tus esquemas de trabajo, orienta, guía, pero respeta tu libertad.

El profesor Terán es un maestro total, no sólo es un gran maestro en la Geografía española, sino también un gran maestro humanista, por el que siento, y creo sentimos todos sus discípulos, afecto y gratitud. A él le debo toda mi formación, por lo que es de desear que algo de su forma de enseñar, de hacer Geografía, de su humanismo, de su liberalismo, se nos haya contagiado a sus discípulos y seamos capaces de transmitirlo a nuestro alumnos. Por todo ello, gracias, D. Manuel, por su magisterio ejemplar en tantos y tantos aspectos.»

Un momento especialmente emotivo lo constituyó la intervención del Rector de la Universidad Complutense. En esencia porque significó la imposición a D. Manuel de Terán de la Medalla de Oro de la Universidad,

momento en el que todos los asistentes, puestos en pie, aplaudieron con gran entusiasmo a su Maestro y Amigo, así como por la entrega que, en ese mismo momento, le fue hecha del pergamino ofrendado por la Real Sociedad Geográfica de la que es Presidencia de Honor y del primer ejemplar de su obra «Pensamiento Geográfico y Espacio Regional en España» editado por la misma Universidad. Pero, además por las elocuentes y sentidas palabras del profesor Bustelo que precedieron a ese momento, y en las que se refirió en primer lugar a la satisfacción de toda la Universidad por tan merecido e imprescindible homenaje, así como al honor que su Claustro sentía por el hecho de haber podido contar, tantos años, con la docencia del Dr. Terán, docencia en la que tantos, incluso él mismo, habían bebido y de la que, ahora mismo, tanto se esperaba. Insistió después en lo ejemplificador que una vida como la del homenajeado, tan caracterizada por la entrega, la sencillez, la honestidad y la liberalidad intelectuales, significaba para una Universidad de tanta y excelente tradición como la Complutense pero también con tantas exigencias de cambio profundo en su estilo como en sus objetivos científicos, profesionales e intelectuales. Por ello, la entrega de la Medalla de Oro de la Universidad era, sobre todo, un símbolo de futuro mejor para una entidad que se había beneficiado de la presencia y del continuo laborar de una personalidad como la de D. Manuel de Terán y Alvarez. Un apretado abrazo del Rector a D. Manuel subrayó la emoción de la entrega de la Medalla de Oro.

Acto seguido el profesor Bosque Maurel dio cuenta del gran número de adhesiones que, por carta o telegrama, habían llegado y todavía estaban llegando al homenaje. Hizo una relación de ellas, lamentando que por razones ajenas a su voluntad pudieran producirse algunas omisiones. Entre las cartas personales destacó las remitidas por D. Orlando Ribeiro, D. Alfredo Floristán Samanes, D. Juan Vilá Valentí, D. Jesús García Fernández, D.^a María Pilar de Torres, D. Angel Cabo Alonso, D. Juan Benito Arranz, D. Antonio López Ontiveros, D. Manuel Sáenz Lorite, D. Lorenzo López Trigal. A su vez, han mandado diferentes escritos la Real Sociedad Geográfica, la Asociación de Geógrafos Españoles, los Institutos Juan Sebastián Elcano de Geografía, Geografía Aplicada y Jaime Balmes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto Geográfico Nacional, el Instituto de Bachillerato Beatriz Galindo. Por su parte, hay que destacar la adhesión por escrito o por presencia de la mayor parte de los Departamentos de Geografía de la Universidad española: Autónoma de Madrid, Barcelona, Zaragoza, Pamplona, País Vasco, Santander, Oviedo, León, Santiago de Compostela, Extremadura, Sevilla, La Laguna, Granada, Córdoba, Murcia, Málaga, Cádiz, Valencia, Alicante, así

como los Colegios Universitarios de Segovia, Toledo, Ciudad Real y Cuenca. En fin, una adhesión colectiva entusiasta y unánime.

El acto lo cerró, magistralmente, el mismo D. Manuel de Terán de cuyas palabras intentamos recoger una síntesis que, lamentablemente, no son sus mismas palabras, imposibles de reproducir dada la carencia de medios concretos para hacerla y que, por otra parte, él mismo se negaba a utilizar al comienzo de su parlamento.

Comenzó dando las gracias por el homenaje y ensalzando la virtud de la gratitud, que ennoblece tanto a quien la ofrece como a quien la recibe. Describió la mecánica tradicional de los actos de recepción académica, en las que el nuevamente admitido comienza manifestando su agradecimiento por la honra de entrar a formar parte de la Corporación para, a continuación, considerarse indigno de él, quedando el elogio de sus méritos para el discurso de respuesta del Académico encargado de la recepción. En relación con ello, rechazó la falsa modestia de considerarse indigno de reconocimiento, al menos por no menospreciar a quienes habían tomado la decisión de honrarle y señaló que, puesto que el «elogio» ya había sido suficientemente hecho en las intervenciones anteriores, sólo le quedaba hacer algunas rememoraciones de su juventud y algunas reflexiones sobre su vida docente.

Al recordar su biografía manifestó, citando a Antonio Machado, que en ella hay cosas «que recordar no quiero» y dijo que la memoria es una facultad que puede hacer daño y que, en todo caso, ha de ser controlada. Citando un párrafo de un poema reciente de Jorge Luis Borges en el que valora como uno de los mayores consuelos de la vejez la capacidad de olvidar, reivindicó, sin embargo, la enorme importancia de la memoria como imprescindible instrumento de la inteligencia.

Realizó a continuación un breve repaso de su período de formación y su actividad docente a lo largo de medio siglo, señalando su temprana afición por las Ciencias Naturales y cómo su relación en la vieja Universidad de la Calle de San Bernardo de Madrid con E. Eloy Bullón había sido la que le introdujo en el campo de la Geografía. Su labor docente comenzó en la Enseñanza Media, al incorporarse por indicación de D. Claudio Sánchez Albornoz al Instituto Escuela. Con anterioridad a la guerra civil ejerció como catedrático de Instituto en Calatayud, para después ocupar el mismo cargo en el Instituto Beatriz Galindo de Madrid hasta los años sesenta. Simultáneamente se fue incorporando a la docencia universitaria, pasando por todos los niveles del profesorado no numerario hasta ocupar en torno a 1950 una de las cátedras de Geografía de la Universidad Complutense, a la que se dedicó hasta su jubilación hace siete años. Recordó cómo, al crearse la facultad de Ciencias Políticas, fue encargado del

Departamento de Geografía Humana de la misma y como tal fue uno de los componentes del claustro de profesores que se hizo cargo por vez primera del edificio que hoy ocupa la facultad de Geografía e Historia.

Pasó a continuación a expresar sus sentimientos por el lugar de trabajo de tanto tiempo ahora que ya estaba físicamente alejado de él desde hacía varios años, y los comparó con los de una niña que, en una narración de Jean Paul Sartre, había salido corriendo del jardín donde jugaba para volver después sigilosamente a él para ver cómo «era el jardín sin ella». De esta misma forma —dijo— le gustaba pasear por la Ciudad Universitaria y asomarse, en especial cuando estaban vacíos, a los lugares y ámbitos donde había ejercido su actividad docente. Una actividad que recordaba como algo sumamente positivo y agradable y, desde luego, plenamente acorde con su vocación personal. En relación con ésto, comentó cómo solía dar sus clases a primera hora de la mañana, en un momento en que su humor no era demasiado bueno, y cómo el contacto o la mera visión de los alumnos que le estaban esperando le compensaba de todo el trabajo de preparación y le hacía cambiar de humor al instante.

Reconoció que, si algo hay valioso y trascendente en su vida profesional, es ante todo esta faceta, largamente ejercida, de maestro, más —según su opinión— que su obra científica publicada, cuya importancia —dijo— no justificaría el homenaje que se le estaba tributando.

Terminó señalando sus actuales intereses teóricos y metodológicos, su proximidad a los planteamientos de la Geografía de la Percepción y el Comportamiento y su renovada adhesión a una geografía esencialmente viva y humana, capaz siempre de enfocar los fenómenos en relación con el hombre, «de hacer de las cosas, casa».

Una explosión de aplausos rubricó las palabras de D. Manuel de Terán y puso colofón al homenaje, cerrado con las palabras de ritual por el Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad Complutense.